

LABORATORIO FEMINISTA



TRANSFORMACIONES DEL TRABAJO DESDE UNA PERSPECTIVA FEMINISTA

PRODUCCIÓN, REPRODUCCIÓN, DESEO, CONSUMO



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5 España

Usted es libre de: copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore.



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-Sinobrasderivadas. Esto es sólo un resumen de la licencia completa, que está disponible en los idiomas siguientes en las direcciones indicadas:
castellano: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/legalcode.cs>
catalán: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/cs/legalcode.ca>
euskera: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/legalcode.eu>
gallego: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/legalcode.gj>

*Transformaciones del trabajo desde una perspectiva feminista:
Producción, reproducción, deseo, consumo*

© Laboratorio Feminista
© las autoras de los textos

© de la presente edición (octubre, 2006): tierradenadie ediciones, S.L.
© imagen de portada: Natividad Salguero
© diseño y maqueta: tierradenadie ediciones, S.L.

ISBN: 84-932873-6-9
Depósito legal:

imprime: Xiana Color Gráfico

TIERRADENADIE EDICIONES, S.L.
CIEMPOZUELOS (MADRID)
<http://www.tierradenadieediciones.com>
correo electrónico: info@tierradenadieediciones.com

La presente obra ha sido editada con subvención del Instituto de la Mujer
(Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales)

Han participado en la preparación de este libro: Débora Ávila Cantos,
Colectivo Envideas, Antonella Corsani, Laura Cortés,
MariaRosa Dalla Costa, José Enrique Ema López, Ana F. Vega de Miguel,
Montserrat Galcerán, Cristina Garaizabal,
el grupo de estudios Globalización y Movimientos Sociales,
María Gómez Garrido, Chefa Herma Insua, Matxalen Legarreta Iza,
Silvia López Gil, Marta Malo de Molina, Cristina Mateos,
M^a Jesús Miranda, Justa Montero Corominas,
Marisa Pérez Colina, Amaia Pérez Orozco, Elena Salas,
Nieves Salobral, Sania Samichec, Maggie Schmidt,
Carmen Torralbo Novella, Ana Varela... y todas las mujeres y hombres que
participaron en el curso y que lo nutrieron, día a día, sesión a sesión.

Débora Ávila Cantos, Matxalen Legarreta Iza y Amaia Pérez Orozco
estuvieron al cuidado de la edición

LABORATORIO FEMINISTA

TRANSFORMACIONES DEL TRABAJO DESDE UNA PERSPECTIVA FEMINISTA

PRODUCCIÓN, REPRODUCCIÓN, DESEO, CONSUMO



ÍNDICE

	pag.
Prólogo	5
Introducción: Producción y reproducción en Marx (<i>Montserrat Galcerán Huguet</i>)	13
CUESTIONAMIENTOS DEL CAPITALISMO ACTUAL	27
Políticas de saberes situados. Emanciparse de la epistemología de la economía política y de su crítica (<i>Antonella Corsani</i>)	29
El paso de la sociedad fábrica a la metrópoli (<i>M^a Jesús Miranda</i>)	47
La sostenibilidad de la reproducción: de las luchas por la renta a la salvaguardia de la vida (<i>Mariarosa Dalla Costa</i>)	59
SUBJETIVIDADES Y SUJETOS FEMINISTAS	79
Identidad de género y sujeto político (<i>Montserrat Galcerán Huguet</i>)	81
Sobre el género y el sujeto. Buscando caminos para la práctica feminista (<i>Ana F. de Vega de Miguel</i>)	95
Límites y posibilidades de prácticas políticas feministas de la localización (<i>José Enrique Ema López</i>)	105

Antielectras. Esquizofrenia y Marginalidad (<i>Elena Salas y Nieves Salobral</i>)	125
Apuntes desde el feminismo (<i>Cristina Garaizabal</i>)	137
CONSTRUYENDO ACCIÓN POLÍTICA	157
Momentos singulares en la evolución del feminismo en el Estado español (<i>Justa Montero</i>)	159
¿Cómo dejar de ser mujer y que nadie muera en el intento? Un puñado de apuntes e incertidumbres... (<i>Marisa Pérez Colina</i>)	173
Paridad sexual y trabajo. Una aproximación sociológica (<i>Carmen Torralbo Novella</i>)	179
TRABAJOS, TIEMPOS Y ESPACIOS	201
Buscando espacios visibles en una ciudad invisible (<i>Débora Ávila y Cantos</i>)	203
Sobre <i>el</i> trabajo y <i>los</i> trabajos (o las polisemias del trabajo): Reflexiones desde una perspectiva feminista (<i>Matxalen Legarreta Iza</i>)	217
La economía: de icebergs, trabajos e (in)visibilidades (<i>Amaia Pérez Orozco</i>)	233

SUBJETIVDADES Y SUJETOS FEMINISTAS

IDENTIDAD DE GÉNERO Y SUJETO POLÍTICO

Montserrat Galcerán Huguet

Es ésta una sesión semi-final en la que intentaré sacar algunas conclusiones del enfoque del curso. Empezamos con la discusión entre “marxismo” y “feminismo”, con las divergencias entre ambos paradigmas y con las dificultades que el movimiento feminista ha tenido para compaginarlos. Esas dificultades, que fueron muy fuertes en los años 60 y 70, debido entre otras cosas a la gran presencia del marxismo en los movimientos anticapitalistas, han ido mermando, no porque el debate se zanjara de un modo productivo y claro, sino porque la puesta en cuestión del marxismo a partir del post-modernismo y la hegemonía de un feminismo en gran parte ligado a esta corriente, dejó aquel debate como obsoleto. Tal vez por esto a muchas de vosotras, ya formadas en este ambiente, aquel debate os pareció estéril.

Paradójicamente por otra parte, y sea cual fuere nuestra tradición, ninguna de nosotras puede ahorrarse el debate sobre los temas que ha puesto de manifiesto el feminismo del s. XX. Por grande que sea la orientación social o política del feminismo, en él ocupan una posición central temas como la sexualidad, la construcción de sí, el simbólico femenino, la relación con la madre, la crítica del lenguaje sexista, la investigación en torno a la escritura,... cuestiones que ninguna corriente puede pasar por alto. Aún siendo aspectos que ya se abordaron en la intervención de Cristina Garaizabal, querría retomar hoy estas cuestiones, en especial la cuestión de la identidad de género, del nuevo tipo de subjetividad singular que esbozan las feministas y de una nueva política.

Identidad y sujeto. La problemática en sus inicios

El tema de la “identidad de género”, es decir de qué tipo de sujeto hablamos al decir “mujeres” e incluso si hablamos de sujeto alguno, ha sido y en cierta forma sigue siendo un problema complejo en el discurso feminista,

entre otras cosas porque, a mi modo de ver, está estrechamente ligado a la cuestión de la subjetividad y porque no en último término, es el punto de engarce de la contra-crítica al feminismo. Supone algo así como un límite de nuestra propia construcción: construirnos como mujeres sin que “ser mujer” sea nada en sí mismo más allá de un estereotipo social y cultural, construido por oposición al “ser-varón” o al menos sobre determinados rasgos de nuestras capacidades, entre ellas la maternidad, pero sin que por otra parte sea tan irrelevante que no afecte a nuestro ser “cualquiera”. Parece como si la intercambiabilidad anónima de la sociedad capitalista encontrara ahí un límite en nada irrelevante y como si, en nuestra propia experiencia personal, tuviéramos que habérmolas con él.

Esta cuestión del “ser mujer” caracteriza y distingue el feminismo de la llamada “segunda ola”, o sea el feminismo que surge en Europa y USA a partir de los años 60. Es una historia un tanto paradójica ya que a finales de los 40 (1949), cuando Simone de Beauvoir escribe *El segundo sexo*, casi tiene que excusarse por escribir un libro sobre las mujeres en un momento en que el feminismo ya no tiene nada que decir. Inicia el libro con estas palabras: “he vacilado largamente antes de escribir un libro sobre la mujer. El tema es irritante, sobre todo para las mujeres, y no es novedoso. La polémica del feminismo ha hecho correr mucha tinta, y en la actualidad está más o menos terminada. No la reabramos” (Beauvoir: 1987, 9). Tras la segunda guerra mundial las luchas del feminismo parecía que habían terminado con la conquista del derecho de voto en muchos países y con el reconocimiento de la igualdad de sexos. Y Simone, como vemos, tiene que excusarse por volver a plantear un tema que ya no tiene interés.

Y sin embargo, en parte debido al propio libro y en parte como resultado de las propias experiencias de las mujeres en los movimientos de los años 60, en los decenios siguientes se producirá una gran eclosión del movimiento y del pensamiento feminista que ha constituido uno de los grandes fenómenos del siglo pasado y que continúa en éste. De ahí la importancia de los nuevos planteamientos.

La consecuencia primera de ese nuevo feminismo ha sido, a mi parecer, que ha hecho imposible cualquier naturalización del género. El feminismo decimonónico en términos generales no cuestionó *qué sea eso de ser mujer*: se enfrentó al hecho (de ser mujer o varón) como un dato natural que caracterizaba a los individuos humanos y reivindicó la igualdad de las mujeres con los hombres, pero nada más. Ni nada menos, podríais ob-

jetarme pues evidentemente era mucho teniendo en cuenta la situación de las mujeres en la época, pero muy poco en relación a su vida y a su subjetividad. Tanto las liberales que preconizaban la igualdad y exigían el derecho de voto, como las socialistas que pugnaban por el derecho a trabajo igual y salario igual y que exigían mejoras en las condiciones de vida, etc. todas consideraban que conseguir la igualdad entre varones y mujeres era el objetivo prioritario. Este objetivo puede estar más o menos teóricamente fundado, como ocurre por ejemplo en Stuart Mill o puede incluir el horizonte de un gran cambio social como ocurre en las socialistas marxistas, pero con toda su gran riqueza no cuestiona, como he dicho antes, la deseable igualdad de la mujer con el varón.

Algo muy distinto va a ocurrir en los movimientos en torno al 68. Las pioneras de estos movimientos constatan en carne viva y en la propia experiencia de las movilizaciones que, a pesar de la igualdad en gran parte conseguida, los dirigentes siguen siendo varones y que las mujeres continúan en un lugar subordinado; además constatan que sus exigencias, planteamientos y reivindicaciones, si no se limitan a seguir el movimiento masculino, quedan en segundo lugar y en tantos casos acaban siendo olvidadas. Y experimentan cómo, incluso cuando a nivel colectivo se dan cambios apreciables e incluso cuando a nivel individual se lucha por no reproducir la familia tradicional, la situación de la mujer sigue siendo de subordinación. A mi modo de ver eso explica que los movimientos feministas en países como Francia con la creación del *Movimiento de liberación de las mujeres*, en Alemania con el movimiento de mujeres (*Frauenbewegung*) que logró aglutinar gran número de colectivos y revistas, en Italia con la segregación del movimiento feminista, en España con la creación de la *Unión democrática de mujeres* y otros colectivos feministas, y posiblemente en otros contextos, que en todos ellos el nuevo movimiento feminista naciera de una escisión, cuando las mujeres de los movimientos estudiantiles y de los movimientos cívicos se separaron y crearon organizaciones autónomas. Los movimientos feministas se definen a partir de una salida del espacio común y en la tematización de un espacio separado; surgen pues a partir de la toma de conciencia de que su subordinación es de un tipo especial ya que se debe a su “ser mujer” y que exige espacios de tematización propios, al margen de los hombres. (Este es un punto interesante y que sigue suscitando reprobación por parte de los varones a quienes sienta muy mal el que no puedan entrar en los espacios de mujeres).

La segunda consideración que, a mi modo de ver, es relevante parte de

la autoconciencia de las propias mujeres. Es decir no se trata sólo de crear organizaciones aparte para seguir haciendo lo mismo, sino que rápidamente estas organizaciones o pequeños colectivos autónomos inician una investigación original sobre el propio hecho de ser mujer: en ellos se crean los talleres de autoconciencia que tratan de investigar la propia sexualidad, de tratar como tema de debate el modo en que las mujeres vivimos nuestra sexualidad, de cómo afrontamos las experiencias ligadas a ella, como la maternidad, el aborto o la contracepción; de cómo la expresamos, qué sentimos y cómo lo enlazamos con la experiencia verbal, de modo que estos colectivos incluyen el trabajo sobre la memoria y la escritura. En ellos se desarrolla una investigación situada sobre la construcción de la personalidad femenina en torno a las experiencias del sexo y de la palabra, de modo que “partir de sí” se torna en requisito epistemológico de la interrogación feminista. Con las palabras de una feminista italiana: “partir de mí, tomar medida de las otras mujeres y por tanto rehusarme a ser objeto de una narración masculina, buscar la palabra que necesito en el eco de las ya pronunciadas por otras, ha modificado profundamente mi relación con la esfera pública. No en el sentido de un separatismo teórico, sino al revés, en el multiplicarse de las relaciones y de los intercambios con otras y con otros: me he vuelto rica, tengo frente a mí no un orden machista al que combatir, sino dos órdenes simbólicos bien distintos, uno de los cuales me pertenece enteramente” (Vantaggiato, 2000:26). La experiencia de la palabra, de la escritura, no se agota por otra parte en la cuestión psicológica sino que tendrá cada vez mayor importancia en la construcción del simbólico propio y en la toma pública de la palabra, pero no está de más recordar que los dos aspectos, sexualidad y escritura marcan dos aspectos relevantes en la vida y en la experiencia de las mujeres.

En el feminismo italiano encontramos algunas diferencias en el modo de abordar la experiencia de los grupos de autoconciencia. Para Lea Melandri, una importante feminista italiana, “partir de sí” lleva a la autoexploración y al análisis de la propia sexualidad, unida como antes señalaba a la práctica de la “escritura”: subjetividad es sexualidad y escritura, deseo y simbólico, mientras que las mujeres de la Librería de Milán ponen en primer lugar que el “partir de sí” lleva al descubrimiento de la subjetividad femenina centrada en el deseo y la relación con otras mujeres¹. Aparte

1.- “la idea de que lo que mueve es el deseo y no la necesidad es el resultado más original y fecundo del movimiento de las mujeres, junto con la política del partir de sí, de la toma de la conciencia y de la palabra”, Vita CONSENTINO, *Scuola, nome comune femminile*, en *op. cit.*, p. 123.

está el hecho de que en los escritos de las mujeres de la Librería se percibe un cierto halo católico muy alejado de los tonos empleados por otras feministas.

Un tercer grupo como M^a R. Dalla Costa ponían el acento en las luchas que se abrían a partir de esta interrogación: los problemas del trabajo doméstico, las campañas por el derecho al aborto y a la contracepción, la denuncia de determinadas prácticas en los hospitales, etc. Es decir se trataba de partir de la experiencia de vida y del deseo de las propias mujeres pero ninguna los piensa como algo “subjetivo”, en el sentido de voluntad de apropiación subjetiva del mundo, sino como energía puesta en común que circula en las relaciones y en los encuentros, siendo así como sostiene el vivir. Ese deseo se orienta en todas las direcciones y es la fuente de la creatividad pero tiene su punto de partida en el nuevo simbólico que pone la experiencia de ser mujer en el centro de nuestra vida, es decir que se enfrenta al conjunto de pautas y modelos que rigen el modo de cómo comportarnos, cómo vestirnos o cómo pensarnos a nosotras mismas.

En tercer lugar está la experiencia de la “escritura” a la que, como he dicho, se va a dar tanta importancia, y que se conjuga con el interés concedido a la “lengua”. Para las mujeres de la Librería ésta será la lengua materna, entendida como el espacio originario de una relación entre madre e hijo/a que “da sentido al mundo”, es decir que crea un espacio de significación donde la experiencia de la vida puede ir tejiéndose. Se trata pues, no tanto de un análisis deconstructivo del sexismo de la lengua como el que tuvo lugar entre las feministas francesas (J. Kristeva, por ej.), cuanto de un intento de recoger “voces femeninas”, de combinar relatos en clave diversa de la experiencia femenina, de valorar la lengua “como la forma originaria de la relación social” pero indagar también en las diferencias de los códigos lingüísticos entre los sexos: códigos abstractos y jergas de especialista entre los varones, lenguaje más ligado a la experiencia, situacional y concreto entre las mujeres.

En cuarto y último lugar hay que tener en cuenta que este feminismo nació en el marco de un fuerte movimiento anti-autoritario, cuya rebelión contra el autoritarismo arrastró el rechazo de la autoridad patriarcal como una autoridad más. Ese horizonte de denuncia del patriarcado no sólo aclaró los rasgos uniformes de toda autoridad y poder, sino que tuvo consecuencias en el modo de enfrentar el análisis de la ley como mecanismo del poder, en el valor dado a la subjetividad y a la libertad,

en la importancia de un saber vivo y participativo, etc. Esas consideraciones tuvieron sus efectos en el análisis de la escuela y de la Universidad pues en ambos casos explica que el final del periodo extremadamente politizado de los 70 en Europa, condujera a muchos varones a refugiarse en las “disciplinas” y en el “rigor académico”, mientras que en las mujeres habría abierto una consideración de la enseñanza como “espacio de relaciones”¹. O sea que si el anti-autoritarismo de los 60/70 permitió “matar” simbólicamente a los padres, ha dejado un vacío de autoridad que los varones han intentado llenar con el sometimiento a la norma o la disciplina sin encontrar nuevas formas vivas de autoridad que hagan crecer las relaciones. Es en este contexto que algunas autoras de la Librería de las Mujeres de Milán (como por ejemplo la citada Zamboni) presentan la “autoridad de la mujer” como una autoridad ligada al simbólico de la madre, una autoridad no dominadora que sostiene y hace crecer la vida. Esa autoridad corresponde a una relación de *affidamento* (adopción) en que maestra y discípula se enriquecen recíprocamente. Se daría entre mujeres de distinta edad y constituye uno de los rasgos identificadores de la autoridad femenina.

Si comparamos con España, en nuestro país no se dio un cambio de tal envergadura. El feminismo español surgió al final del franquismo como un movimiento clandestino y tuvo unos años de rápido incremento (1975/6 –primeras asambleas en Madrid y Barcelona– años 80, cuando el PSOE lo institucionaliza y de hecho languidece como movimiento). En su origen no se encuentra un “movimiento anti-autoritario” que no tuvo lugar en España. Sus características propias vienen definidas por el contrario por el enfrentamiento y la resistencia al franquismo, por la denuncia de los mecanismos de dominación de la mujer vigentes en él, por la exigencia de “derechos iguales para las mujeres” y por la crítica de la sexualidad machista y la atención prestada a lo que hoy llamaríamos los derechos reproductivos (aborto, contracepción, etc). A partir de los 80 el éxito político del PSOE ha repercutido en una mayor presencia de las feministas ligadas a este parti-

1.- “Esta reorientación ha afectado más a los hombres que a las mujeres, porque las mujeres han participado en la centralidad de la política, que ha implicado también a la Universidad, pero lo han hecho proponiendo prácticas políticas autónomas, de tipo relacional y contextual, que han seguido dando frutos cuando los hombres ya habían advertido el contragolpe de la imposibilidad de una transformación del sistema entero y se habían atrincherado en las disciplinas. Las mujeres se han movido preferentemente por una transformación del contexto y no del sistema, prestando atención a las relaciones personales” (Chiara ZAMBONI, “Quando se non ora?”, en *Duemila...*, p. 110).

do (Carlota Bustelo, Isabel Alberdi, el grupo ligado al propio Instituto de Investigaciones Feministas y al Instituto de la Mujer) en detrimento de otros grupos y sin que el periodo de gobierno del PP haya logrado cambiar esta dinámica en su beneficio. El discurso del feminismo institucionalizado es el discurso de la igualdad, lo cual, unido a su trayectoria hace que la especificidad del “feminismo de la diferencia” sea difícil de percibir en los ambientes feministas españoles.

Por otra parte la relación estrecha de las feministas socialistas con su partido y el éxito electoral de éste durante más de 12 años, hizo que se diera una particular institucionalización, es decir no sólo que algunas de las feministas más relevantes fueran cooptadas en el poder, sino también que algunas de las reivindicaciones lograran atravesar el espacio legislativo dando lugar a algunas leyes —el último ejemplo sería la ley sobre la violencia de género— notablemente avanzadas en relación con el mundo social y cultural español. Es decir que, mientras que por una parte el feminismo español a nivel de movimiento y de teorización está por debajo de otros feminismos europeos y americanos, a nivel de fuerza legislativa y política ha logrado notables éxitos gracias a esa especial influencia en los poderes públicos, en especial el PSOE.

Pero volvamos al tema de la “identidad de género”. Sin duda esa pretendida identidad ha sido un elemento relevante al principio del movimiento pues permitía a las feministas hablar desde sí mismas como “mujeres”, compartiendo ciertos rasgos generales con otras mujeres y en oposición a los varones. Esta identidad fortalecía un discurso político y exponía la opresión de que las mujeres somos víctimas en tanto que tales. Pero, como pone de relieve T. de Lauretis el término “mujer” no deja de resultar paradójico: por una parte parece constituirnos como “género” unificado y sostenido por oposición a lo masculino, por otra, en tanto que *su* otro, seguimos siendo definidas por la mirada y el imaginario masculino. Así en cuanto el feminismo empezó a interrogarse sobre sus propios supuestos y el “partir de sí” tropezó con subjetividades inesperadas tales como las mujeres negras afroamericanas o las lesbianas, la pretendida uniformidad de “la mujer” se rompió y fragmentó en identidades múltiples y contrapuestas.

O dicho de otra manera, el “ser-mujer” en oposición al “ser-varón” implica cuando menos dos rasgos: la “heterosexualidad obligatoria”, puesta de relieve por las lesbianas y la reproducción en los marcos de una familia

heterosexual reconocida, como señalaron las afroamericanas. En último término el feminismo tradicional resultó ser un “feminismo blanco, eurocéntrico y de clase media” que define a la mujer como esposa y centra en su sexualidad “familiar” la clave de su opresión, cosa que en nada se asemeja a la situación de la afroamericana, cuya situación como esclava la marcaba sexual (como posible objeto sexual sin derechos) y racialmente (madre de esclavos) pero no la reconocía como “mujer” en el marco de una familia en la que transmitir la descendencia (por filiación paterna). En la categoría “mujer” las afroamericanas no se reconocían, sino que más bien se sentían herederas de otros sistemas de parentesco y de simbólicos diversos en lo referente a sus relaciones entre ellas y con los varones, ya fuera los de su raza o los blancos dominadores, pero no renunciaban a expresar su “subjetividad emergente” (R. Braidotti). Algo parecido ocurrió con las lesbianas; su rechazo de la heterosexualidad obligatoria contribuyó a perfilar en mayor medida el análisis y a distinguir entre “patriarcado” como sistema de dominación de los varones sobre las mujeres y “heterosexualidad obligatoria” o régimen de sexualidad impuesto por aquél. Si la mujer es el polo de una relación de dominación impuesta por el patriarcado, la lesbiana, al estar fuera de esta relación podría definirse como la “verdadera mujer” aunque a la vez si “ser mujer” se define por su relación de oposición a “ser varón”, ella, que está fuera de tal relación, de hecho sería una “no-mujer” (M. Wittig). Estos análisis muestran las paradojas de las fórmulas identitarias, por efectivas que hayan sido al menos en una época de las luchas feministas.

Una nueva singularidad

Se abre pues el pensamiento de una nueva singularidad. El feminismo de la diferencia, entendiendo por tal básicamente las tesis de L. Irigaray y de las mujeres de la Librería de Milán, rehusó un discurso universalista y abstracto que al hablar de todos no habla de ninguno o, si se quiere, habla de ese “cualquiera” que seríamos cualquiera de nosotros/as. Pero justamente en ese punto, la diferencia sexual, que consideran una diferencia no eliminable, impediría que seamos “cualquier otro”. Siempre seremos un cuerpo sexuado en algún sentido y, por tanto, la operación homologadora, incluso en su versión más nihilista, “cualquier otro” o el ser humano anónimo y abstracto de las modernas sociedades capitalistas e industriales, no es sexualmente indiferente. La diferencia de género le atraviesa de parte a parte.

Y sin embargo, la recuperación de la diferencia que, en un primer momento, recoge la diferencia de las mujeres frente a los varones impidiendo aquella operación de laminado ideológico del “cualquier otro”, experimenta posteriormente la explosión de las diferencias en la diferencia primera. Como resultado de críticas mutuas, el análisis va a enfrentar los problemas de agrupar todas las mujeres bajo la categoría “mujer” como si, siendo distintas de los varones, no fuéramos también distintas entre nosotras, de modo que el ámbito de las diferencias, en vez de ordenarse jerárquicamente unas bajo otras en una reproducción simétrica del orden patriarcal, tiende a mediarlas y a combinarlas unas con otras, haciendo estallar en el límite la propia categoría de “género” (mujeres frente a varones) como vemos en los análisis de D. Haraway, J. Butler y R. Braidotti.

Como resultado de este cuestionamiento, se ha desarrollado un enfoque nuevo de la singularidad. En primer lugar se ha señalado el carácter socio-simbólico del género, al que se define como “sistema de relaciones sociales, simbólicas y psíquicas en el que los hombres y las mujeres son situados de modo diferente” (Haraway, 1995:241). Pero sin que haya nada “natural” en el género. La combinación entre los rasgos biológicos anatómicos y fisiológicos de los cuerpos humanos y la construcción de una “identidad sexual” es todo menos el resultado de una determinación y está sujeta a los códigos culturales y simbólicos que definen la “diferencia sexual”, quedando tan cerrado o abierto como esos propios códigos lo permitan. A la vez el “imaginario social” que enuncia los códigos podemos tematizarlo como una especie de magma enganchoso en el que se aprisiona la subjetividad. De tal modo que, como planteara Foucault, “sujeto” es la respuesta que da el cuerpo al imperativo del código de subjetivación uno de cuyos integrantes es la dimensión de sexo/género, sin olvidar que la “identidad” de este cuerpo sexuado se ve sacudida por la intensidad del deseo que lo atraviesa. “Este sujeto que es una porción de materia activada por la pulsión fundamental a la vida, una *potentia* (no una *potestas*) —no por la voluntad de Dios ni por el secreto encriptamiento de un código genético—, se encuentra no obstante inserto en la materialidad corpórea del yo (*self*). El sujeto intensivo incardinado o nómada es, más bien, un intermedio: una incorporación de influencias externas y un simultáneo despliegue hacia fuera de los afectos. Una entidad móvil en el espacio y en el tiempo, un tipo incardinado de memoria, ese sujeto está en proceso pero también es capaz de perdurar a través de conjuntos de variaciones discontinuas aunque permanezca extraordinariamente fiel a sí mismo” (Braidotti, 2004:168).

Braidotti recupera a mi modo de ver un nuevo “vitalismo”. Ha sido propio del vitalismo histórico, es decir de aquél del que encontramos ejemplos en algunos pensadores del XIX (como Nietzsche) una afirmación desencarnada del “vivir” frente al “pensar”, con rasgos irracionalistas y de denuncia de la racionalidad que son extraños al vitalismo feminista, el cual no se presenta como opuesto al pensar, sino que elabora una forma distinta de pensar y de pensarse: un pensar situado, en ocasiones narrativo, que tiene en cuenta explícitamente al sujeto enunciante y sus condiciones de enunciación, lejano del objetivismo y del neutralismo del discurso hegemónico. Por otra parte ese vitalismo no es nihilista, quizá precisamente porque escapa del dualismo vida/razón, sino que se asienta en la relacionalidad del vivir/pensar en devenir y desde ahí propone sus enunciados.

Por eso mismo el feminismo otorga un papel capital a cada una, considerada no como un ejemplar o un caso de una regla general, sino como una singularidad con su experiencia, su relato, su historia, su práctica. Cada una con su “partir de sí” como punto de arranque de una puesta en cuestión (de hábitos y doctrinas heredadas), de crítica y posicionamiento (puesta en discurso de una andadura) y de construcción de devenir. Cada una como construcción de un sujeto de enunciación que en una práctica simbólica construye un mundo de referencia. Ese “partir de sí” puede incluir la diferencia de ser mujer pero, a partir de ella construye un simbólico que ilumina el vivir.

Esta práctica conlleva un análisis de las propias actitudes y formas, que exigen una atención especial al modo del hacer y que permiten esa transformación de las pasiones negativas en positivas que da fuerza a la potencia.

En este punto y para no caer en idealizaciones tampoco querría olvidar que la dimensión del deseo, arranque de la subjetividad, incluye una fuerte presencia del dolor, de las resistencias y de los descentramientos provocados por una tensión pulsional fuerte, ya que la subjetividad de la que hablamos nada tiene en común con el sujeto moderno de la conciencia de sí, sino más bien con el desgarramiento y la extrañeza con nosotr@s mism@s que conocemos a través del psicoanálisis.

Por último quería recoger, aunque fuera de modo somero, la perspectiva abierta por las recientes teorías *queer* y la deconstrucción del género. El aspecto más interesante me parece la reflexión de J. Butler, en

un texto ya antiguo, *El género en disputa* (México, Paidós, 1990) sobre la performatividad en la construcción de sexo/género. Es decir, partiendo de la definición de las proposiciones performativas como aquellas en las que la acción se produce y sólo se produce en tanto que se pronuncia la proposición, caracteriza la “construcción de género” como efecto de la repetición de actos performativos que, en tanto que parecen responder a una naturalidad, construyen el género sobre ella. Uno de los ejemplos clave sería la proposición “yo os declaro marido y mujer” proferida en el acto del matrimonio heterosexual, por cuyo efecto los contrayentes son constituidos de modo simbólico y permanente en sus identidades sexuales, con fuertes efectos de tipo simbólico, económico, social y psicológico. Carecería de sentido preguntarnos si tales sujetos eran “marido y mujer” *antes* de que el juez o quien sea, les casara, pues más bien lo que ocurre es que el lenguaje performativo, iterado (o sea repetido de un determinado modo) y acogido a su ritual construye realidad. (Lo mismo puede decirse del lenguaje performativo injurioso o denegador). Ahora bien, si aceptamos el carácter de efecto lingüístico, con su correspondiente espesor simbólico y social, del género, al deconstruir éste, se nos evapora también la aparentemente sólida distinción de sexo. Éste no deja de ser, a su vez, más que una serie de trazos anatómicos y fisiológicos, relativamente diversos y heterogéneamente distribuidos, cuya pertinencia viene marcada por su selección. Consecuentemente la “identidad” no es un presupuesto sino un resultado de prácticas lingüísticas con todo su espesor social y el sexo de un cuerpo deja de ser la marca prioritaria que nos da su “verdad” para pasar a ser un efecto con el que es posible actuar de múltiples y diversas maneras: transformándolo, resignificándolo, dándole la vuelta, etc.

Una nueva política

Estas cuestiones tienen enormes efectos políticos. Las formas políticas que introduce el movimiento feminista son en principio y tendencialmente ajenas a la representación y se colocan más bien en lo que podríamos definir como *el plano de la expresión*. El movimiento feminista es un movimiento social que no trata, o al menos no de modo preferente, de llevar los conflictos y las aspiraciones de las mujeres a otro terreno, donde puedan encontrarse soluciones válidas para todas. Más bien trata de abrir espacios donde las propias mujeres pueden tratar sus problemas, que no son propios en el sentido de que las afecten sólo a ellas, trata de potenciar lo que

podríamos llamar “agentes colectivos de enunciación”, grupos que se ocupan de discutir, de buscar formas de resolver o de paliar las situaciones, de buscar fondos, de hacer intervenciones públicas, de cortocircuitar los discursos públicos, de ejercer presión, etc. Ciertamente hay relación con los poderes públicos pero en ellas no se trata de compartir el poder sobre el conjunto de la sociedad cuanto de intervenir en el planteamiento, en el modo de abordar y en las soluciones a determinados problemas.

Este modo diferente de abordar la política, con todos sus matices y a pesar de la simplificación a la que aquí procedo, tiene sus problemas pero creo que marca una posible confluencia con otros movimientos en una gestión general de la vida en común que es algo distinto de la participación en el poder de dominio, compartido, sobre el conjunto de la sociedad.

Por otra parte el propio movimiento feminista ha experimentado profundos cambios en los últimos años. Se ha pasado de una gran efervescencia a una cierta institucionalización. Son muchas las activistas y militantes de los 60 y de los 70 que añoran el nivel de lucha de aquellos años y el entusiasmo militante, que consideran negativa la oficialización e institucionalización de los movimientos, que critican el acceso a cargos públicos de las viejas militantes o su tratamiento de los problemas desde las cátedras y los institutos universitarios, etc... Se ha dado también en el feminismo una segregación entre las militantes, las políticas, las académicas,.... Los problemas de las mujeres se han hecho objeto de gestión y de estudio pero los movimientos han perdido su eficacia y su entronque con la transformación social.

A la vez han surgido movimientos potentes como los de transexuales, gays y lesbianas que han logrado atravesar la esfera pública obligando a los gobiernos a tomarlos en consideración. A mi modo de ver y de forma relativamente análoga al movimiento feminista, estos movimientos han logrado desplazar los rasgos más groseros de la discriminación por motivos de práctica sexual.

Nos encontramos pues en un cierto punto de inflexión de la tendencia en la que, para salir victoriosas, tenemos que enfrentarnos, creo yo a ciertos retos. El primero pasa por ahondar en los procesos de construcción de subjetividad. Ya hemos visto que éste no es un tema sin controversia, pero al decir esto, no me refiero a ningún tipo de identidad preexistente sino a dotarnos de las herramientas conceptuales que nos per-

mitan procesar la experiencia. Me parece un elemento importantísimo para que, dada la presencia de la administración en nuestras vidas, no nos convirtamos simplemente en sujetos administrados, y para romper una cierta lógica de victimización que nos lleve a desplazar la dependencia: de los varones a los organismos estatales. Creo que sólo en tanto que nos construimos como polos activos de referencia, como sujetos enunciadores y creadores de prácticas performativas, podemos ser capaces de alumbrar vías positivas más allá del mero victimismo y/o el desplazamiento de la dependencia. En este punto confluímos con todos aquellos sectores de la población, que precisan independencia económica como modo de sustraerse al chantaje de la explotación. Y que reclaman formas de renta social o de obtención de recursos económicos no ligados a la extorsión de trabajo ni al chantaje de la afectividad.

Así pues, y a pesar de la fuerte insistencia en la “singularidad” de cada una, este discurso no es individualista pues privilegia el encuentro (con otr@s). Rebase una pretendida oposición entre individual/colectivo que forma parte del discurso tradicional, machista y capitalista. Y comprendo que la oposición individuo/colectivo forma parte, como tantos otros dispositivos dualizadores, de una práctica lingüística de la división, separación y apropiación. Frente a ello creo que la práctica “relacional” que hace pasar los afectos, las emociones, las ideas,...entre los varios, construye “colectivo”. El colectivo no es un “ente” compuesto por agregación de los singulares sino entramado construido entre varios, siempre en proceso, dinámico y abierto.

El segundo pasa por plantear de modo riguroso el carácter social de las tareas de reproducción y la descarga que suponen para el sistema económico y social. La mal llamada “división sexual del trabajo” que rige en la familia no se reduce a la explotación salarial, dado que justamente el trabajo desarrollado en la unidad doméstica no es pagado y asalariado, al menos en parte, ni puede entenderse como una función anexa al trabajo asalariado aunque revierta en una ventaja para el conjunto del sistema. Y a la vez e inversamente, la explotación salarial no determina sin más una opresión sexual, sino que se *combina* con ella, siendo esa especial combinación la que caracteriza a los sistemas capitalistas modernos con su doble sostén: trabajo asalariado en la producción y trabajo doméstico en la reproducción. El trabajo social de reproducción con todas sus características de cuidado, afectivas, de sostén,... pasa a ocupar un lugar de primer orden en los sistemas capitalistas actuales y es en la

especificidad de este trabajo, en sus características, en las habilidades que supone, en las exigencias que impone y en los resultados que obtiene donde podemos encontrar otro filón de nuestra problemática.

El tercero tiene que ver con las prácticas militantes desarrolladas por grupos que no esperan el amparo de los poderes públicos sino que construyen sociedad desde los espacios y las redes en las que operan. Pues no creo que sea cierto que el mero estar en lugares no diseñados para nosotras tenga un valor de resignificación si no va acompañado de un modo alternativo de gestionarlos. Análisis detallados muestran que la práctica feminista tiene que incorporar en su realización los patrones igualitarios que proclama, dando la voz a las propias mujeres y ayudándolas a mantener abiertos sus propios espacios de actuación. No se trata de resolver por ellas, vicariamente, sino de potenciar su actuación. En este sentido la práctica feminista incorpora una dimensión democrática radical que la opone a cualquier forma de dominación.

Y en este sentido el movimiento feminista confluye, a mi modo de ver, con los movimientos más interesantes de nuestro presente y de nuestro futuro.

Bibliografía

- BEAUVOIR, Simone de (1987), *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- BRAIDOTTI, Rosi (2004), *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*. Barcelona: Gedisa.
- HARAWAY, Donna (1995), "Género", para un diccionario marxista : la política sexual de una palabra", en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- VANTAGGIATO, Iaia (2000), "Tra pubblico e privato resta l´amore" en Annarosa Buttarelli, Luisa Muraro y Liliana Rampello, *Duemila e una. Donne che cambiano l´Italia*. Milán: Il saggiatore.